

X

Alguien toca el órgano.

ESTAS últimas palabras habían sido pronunciadas con tal fuerza y toda esta oración la habían dicho con el tono de un fanatismo tan sombrío, que también salí huyendo de allí, menos tranquilo que nunca sobre la suerte que nos esperaba a mí y a los que hubiera querido salvar conmigo.

Después de lo que había visto en la ventana enrejada, yo los llamaba a todos verdugos dentro de mi corazón.

Siempre he profesado que no hay que responder al mal con el mal, cualquiera que pueda ser la catástrofe inicial, y que a pesar de las predicciones vengadoras del Apocalipsis es un gran pecado creer que los buenos triunfarán con las mismas armas que los malos.

Bien sé que todo el mundo no piensa como yo; pero tampoco todo el mundo goza para razonar de la tranquilidad relativa de un neutral. Digo *relativa*, porque ciertamente en el mismo

momento en que huía de los últimos ecos de la terrible oración de la tarde, me sentía agitado por mil sentimientos totalmente capaces de turbar la serenidad de mi filosofía.

El más angustioso de estos sentimientos era el que me hacía temer que, a pesar de mi reconocida neutralidad, mi audacia al penetrar en esta funesta nave y la curiosidad que había demostrado sobre lo que allí pasaba, incitaran a los "Ángeles de las aguas" a tratarme como a su peor enemigo.

Sin embargo, no podía esperar ocultarme de ellos mucho tiempo, y como las fuerzas me abandonaban se acercaba el momento en que fatalmente sería descubierto y tendría que explicarme...

Había, pues, huído de la parte del barco que me parecía reservada a la tripulación y volví a encontrarme, después de vagar al azar, en un corredor que reconocí por haberlo recorrido ya en el momento en que penetré en el inmenso comedor cuya vista me había arrancado exclamaciones de asombro a causa de su lujo de mármol y piedras preciosas.

Encontré el cuarto de servicio, y en éste, que estaba desierto, los restos de una magnífica comida. Me apresuré a aprovecharme de la ausencia de los servidores (que quizás se habían ido también a la oración nocturna) y devoré literalmente lo que quedaba en los platos.

El dorado vino de una botella acabó de reconfortarme, y cuando empujé la puerta del prodigioso comedor había reconquisado suficien-

lemente mi equilibrio moral para poder afrontar los acontecimientos cercanos sin temblar como un niño.

En el mismo instante oí unos sonidos admirables que parecían descender del cielo. Alcé la cabeza y descubrí grandes órganos que aún no había visto y que se encontraban sobre la galería que daba la vuelta a la inmensa pieza.

Anteriormente no había hecho más que girar alrededor de esta galería. Los órganos se alzaban en el extremo opuesto. Mis pasos quedaron en suspenso ante la onda de armonía que se desprendía de aquéllos.

No reconocía aquella música. No pertenecía a ninguna escuela. En todo caso yo no había oído nunca nada semejante... Si un ángel hubiera llorado por la miseria del mundo, nada hubiera sido más desesperadamente dulce, ni más magníficamente melancólico, ni a la vez más triste y más desgarrador. Y yo fui quien lloró...

Por lo demás, yo he sido siempre muy sensible a los sonidos. Pero en el estado de enervamiento en que me encontraba se comprenderá fácilmente que no haya podido contener mis lágrimas.

¿Quién tocaba de este modo?... Debía ser un gran artista; pero ante todo debía ser alguien que había sufrido mucho. En todo caso, este sufrimiento que se lamentaba de modo tan grandioso, no clamaba venganza como la aferradora oración que había oído un momento antes.

Y esto me hacía olvidarme de tal modo de los horrores con que me había tropezado desde

que había empezado mis andanzas por los meandros del misterioso barco, que tras el primer momento de sorpresa no vacilé en avanzar hacia aquel sufrimiento. En seguida me imaginé que no tenía nada que temer del ser que había sabido idealizar así el dolor, y sin dejar de llorar, pero palpitando con una esperanza sin límites, hollé las gradas de la escalera que conducía a la galería.

Y me deslicé hacia los órganos sin hacer ruido, para no interrumpir un lamento tan admirable, mas también para no dejar de ver y tocar a aquel de quien yo esperaba la salvación.

Pero he aquí que súbitamente, tras un último gemido que pareció venir a expirar en mi frente, la voz del órgano se calló.

Entonces eché a correr.

Dí la vuelta al órgano.

¡Nadie!...

El enorme instrumento se estremecía aún con su último suspiro y el teclado había quedado descubierto. ¡Pero el que había tocado, el que había sufrido en estas teclas, se había marchado ya!...